

dos tienen con tanta limitación. De repente, para formar
una sola de sus dos divisiones, manda que quita hacia
adelante las naves, describiendo un círculo. Ya
cien los Capitanes, estaban la navegación evolucion, y
cuando por fin la escuadra, es ya tarde. Uno de los bu-
ques tiene con su espón, nada, menos que la nave sigue
tanta, que se sumerge en pocos minutos con su desdicha-
do jefe y otros muchos valientes marinos.
Aun en medio de la confusión que limitaba, convie-
ne prever con tiempo los males. He aquí por qué os
manifiesto mis temores. El pero, no obstante, que ni la
parte de Ulla ni la del almirante inglés me están re-
servadas. Ruano al fiero, lo que, con las palabras de
su Hijo Divino, que no perdía que perdes uno solo
de los que se me han encomendado. Confío en que las
naves de mis diversos establecimientos jamás se volve-
rán unas contra otras, y que nadie osará dentro de mi
propia jurisdicción, desatar los vientos de la columna del chi-
me, ó de la lista, mis lunetas para que los sacos que
para aquellos a quienes van dirigidos, y pida a la Pro-
videncia que aquí nos podamos reunir todos el año ve-
nidero, y celebrar los triunfos literarios, no sólo de los
que empiezan, sino de muchos humanistas consumidos.
Y de un buen número de filósofos, triple siquiera del que
este año ha frecuentado nuestras aulas.



DISCURSO

LEÍDO EN LA PRIMERA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO MAYOR
DE SAN CARLOS BORROMEO, EL 10 DE SEPTIEMBRE

DE 1893.

Señor, al ver que el Estado de Chile, en un
local separado por completo del resto del mundo,
ya a los que no tienen tales aspiraciones. En el fondo
de la mente de los hombres, el espíritu de la
gloria, se ve en realidad una sola forma, el amor
del otro y de sí mismo. Los que son capaces de
le hacer el primero, están, como conviene, separados
para que los otros puedan mejor inspirarse en
su ejemplo.

Deo gracias al cielo que me ha suministrado los
medios de fundar este plantel, y de poner a su cargo a
los señores que tienen por misión especial educar a la
juventud para el servicio de la patria en Chile.
Buenos y ejemplares, como tales, como los que
nuestro país.



AL fin veo coronados mis esfuerzos, y después de haberos reunido en el antiguo Seminario, puedo dirigiros la palabra, por primera vez, en el nuevo. Al fin veo á los aspirantes al estado eclesiástico en un local separado por completo del edificio que alberga á los que no tienen tales aspiraciones. Al fin puedo gloriarme de tener en mi diócesi dos Colegios, que si bien son en realidad uno solo, porque el uno depende del otro y tiene que llenar sus filas con los alumnos que le mande el primero, están, como conviene, segregados, para que los jóvenes levitas puedan mejor prepararse al Santuario.

Doy gracias al cielo, que me ha suministrado los medios de fundar este plantel, y de poner á su cabeza á directores que tienen por misión especial educar á la juventud para el sacerdocio, y que se complacen en formar buenos y ejemplares párrocos, tales como los necesita nuestro país.

Sublime es, en verdad, la vocación del párroco; y si en todas partes un Cura fiel á su misión es altamente venerable, entre nosotros es el ser más perfecto que darse pueda en esta tierra de miserias. Su estado es, en efecto, el prototipo de esa perfección evangélica trazada por Jesucristo Nuestro Señor, y practicada primero por sus Apóstoles, ya reunidos, ya viviendo en el mundo. Si á la pureza de vida se atiende, á ella está obligado por su ministerio, y la Iglesia considera las promesas hechas en su ordenación, tan solemnes como los votos del más austero monje. Si á la pobreza se mira, ¿quién puede compararse á nuestros párrocos rurales? Tiene el capuchino su celda; aunque duro, no le falta un lecho; á sus horas se le sirven, en cómodo refectorio, frugales pero sanos manjares; aunque burdo, el hábito de su orden lo cubre; y calza, sin que jamás carezca de ellas, las sandalias reglamentarias. Los que habéis visto nuestras parroquias lejanas, decidme ¿disfruta de estas comodidades un pobre sacerdote? Una miserable choza, compartida con algún compañero, constituye, á menudo, todo su *palacio*: ella es su refectorio, y su alcoba, y su sala; su cama el duro suelo ó un banco de resbaladizas cañas; su comida es más frugal que la de un cartujo, y no siempre tiene con qué procurársela. San Pablo nos pinta como dechado de pobreza cristiana á aquellos que *omnia possidentes*, viven sin embargo *tanquam nihil habentes*. Nosotros subimos un grado más alto, y os presentamos á un sacerdote *nihil habentem et nihil possidentem*.

¿Y qué os diré de la obediencia que ha jurado y que practica? Todo sacerdote la promete á su Prelado en el momento de recibir la ordenación; pero los nuestros, en

virtud del *título* especial que les sirve para recibir las órdenes, quedan ligados al Obispo, con vínculos más estrechos, en cierto modo, que los que ligan á un religioso con su superior regular. Éste, por ejemplo, sabe que aunque sea trasladado de una casa á otra casa, en todas partes encontrará el mismo alojamiento, los mismos compañeros, las mismas costumbres, los mismos alimentos, el mismo trabajo, la misma regla. No así el sacerdote de estas regiones. Puede verse de un momento á otro cambiado de una parroquia importante á una aldea de pocos y desalmados habitantes, en que todo, absolutamente todo, sea diferente. Y no creáis que son meras hipótesis. Á cada rato lo vemos puesto en práctica, y contemplamos al fiel sacerdote, obediente no sólo á sus superiores, sino á sus iguales y subalternos.

El buen Cura es, en realidad, el esclavo de sus feligreses. Á todas horas del día y de la noche puede ser llamado para asistir á moribundos que yacen quizás á muchas leguas de distancia, en medio de los montes ó del desierto. Duro es para el monje interrumpir su sueño á media noche para ir á entonar los maitines; pero sabe que á la misma hora lo llamará siempre la campana, y la costumbre formará en él una segunda naturaleza. Sabe que pasará la primera parte de la mañana bajo las decoradas bóvedas del templo, hincando las rodillas en el cincelado reclinatorio y sentándose en la hermosa silla del bien esculpido coro; y que tornará luego á descansar en un lecho pobre, sí, pero propio; en una celda desnuda, pero que sólo á su servicio está destinada.

¿Y nuestro párroco rural? Hoy será llamado á las diez de la noche, mañana á las doce, otro día quizás á la ma-

drugada. Tendrá que montar en un mal rocín, y sobre albarda incómoda recorrer escarpados senderos, empapado tal vez por las lluvias tropicales y teniendo que atravesar casi á nado los hinchados torrentes. Sin secarse la ropa y reclinado sobre el duro suelo en que yace el enfermo, tendrá que administrarle los últimos sacramentos, y si se ve obligado á descansar antes de emprender el viaje de regreso, tendrá que hacerlo en la misma infestada choza, con inminente riesgo de pagar con su vida el amor á sus ovejas y el celo en el cumplimiento de sus deberes.

Este celo todo lo abraza: la predicación como los hijos de Domingo de Guzmán; la enseñanza como los de Ignacio, José de Calasanz ó Jerónimo Miani; las misiones rurales como los de Vicente ó Alfonso de Ligorio; la asistencia á los enfermos como los de Juan de Dios ó Camilo de Lelis. Ved, oh jóvenes, á qué estado de sublime perfección os estamos preparando. Ved que tenéis en casa el tesoro escondido, y no es fuerza que vayáis á excavar en el campo del vecino. Si alguno de estos sacerdotes cuyo retrato he intentado bosquejar, se presentara á Nuestro Señor Jesucristo en persona, como aquel joven de que nos habla el Evangelio, ¿creéis que el Divino Maestro respondería como entonces: *si vis perfectus esse, vade et vende quod habes, etc.*, cuando ya nada tiene que vender y practica hace tiempo los tres consejos Evangélicos? Le diría simplemente: ¿Aspiras á la perfección? Pues persevera en la vocación que te he dado y llena los deberes de tu actual perfectísimo estado. Y si á mí me fuera lícito añadir alguna palabra, yo le sugeriría esta reflexión: ¿Es, en realidad, deseo de mayor perfección lo

que te hace estar descontento con tu actual estado? ¿No será más bien la gana de trocar la choza de bambú por la cómoda celda; la cocina del pastor por el espacioso rectorio; la sociedad del inculto indígena por la del alumno refinado de un colegio; los sinsabores del párroco rural por el aura popular y el aprecio de la aristocracia que en un país católico como el nuestro rodea siempre al predicador de las grandes ciudades y al profesor de los grandes ateneos?

En cuanto al Obispo, como su mismo nombre lo indica, debe estar sobre todo y sobre todos, como vigía de Israel que no duerme un momento. Su misión, en su propia diócesi, es tan vasta como lo fué en el universo la de los Apóstoles de quienes viene á ser sucesor. *Predicar el evangelio á toda creatura* es su deber, y para ello ha de servirse de todos los medios que la Providencia ponga á su alcance. Formar dignos colaboradores que lo ayuden á apacentar la grey que le ha confiado el Espíritu Santo, es su principal obligación, y para lograrlo, no ha de perdonar fatiga, ni trabajo, ni sacrificio.

Llenar este deber ha sido mi anhelo desde que llegué á la Diócesi, y con este fin hice la primera reforma en el Seminario, y, por último, lo dividí en dos al empezar este año escolar. Grande ha sido mi satisfacción, os diré una vez más, al ver realizados mis deseos; pero no hay rosa sin espinas, ni gozo cumplido en este mundo. Al recorrer los catálogos de uno y otro Seminario, me he cerciorado de un hecho que me ha llenado de dolor. El año anterior, sólo dos alumnos de Filosofía pasaron á la escuela Teológica; en el presente no hay ninguno que termine sus estudios filosóficos, y ninguno por consiguiente

pasará al Seminario Mayor. De los *tres* alumnos que el año venidero terminarán el curso, ni uno solo parece tener vocación; ni tampoco el año que á éste seguirá, ni el subsiguiente vendrán del Seminario Menor á cubrir las vacantes que las ordenaciones y otras causas habrán dejado en este Colegio, y que en cuatro años equivaldrán á la totalidad de sus alumnos. Si Dios no lo remedia de un modo extraordinario, menos de un lustro, según los datos que acabo de suministraros, tendrá de vida este plantel recién nacido. Quedará, pues, vacío este edificio; y lo que es infinitamente peor, muchas parroquias, al perder á sus actuales Curas, se quedarán solas por no tener con quien reemplazarlos. Parece increíble que este sea el resultado de tantos esfuerzos; pero no cabe duda, tal es la tremenda realidad.

¿Qué deberé yo hacer en tan aflictivas circunstancias? ¿Cruzarme de brazos, y olvidando el axioma que dice: *Ayúdame, que Dios te ayudará*, limitar toda mi acción á dirigir al Omnipotente estériles plegarias *ut mittat operarios in messem suam*? Apelo á la lealtad de todos los que me escuchan, de todos aquellos á quienes puedan llegar estas mis palabras. ¿Podrá quedar tranquilo en conciencia, con semejante inacción, el Obispo de una diócesi en que nunca han faltado vocaciones, y en que, no hace aún mucho tiempo, clases enteras de Filosofía pasaban al curso Teológico?

Pero ¿qué medidas prácticas tomar para poner pronto remedio á tamaños males? El Señor, que no dejará que se pierda el rebaño que Él me ha confiado, me las irá, sin duda, sugiriendo. Por ahora la fundación de una *escuela apostólica*, en que desde temprano se fomenten las

vocaciones al estado eclesiástico, es lo que me parece más urgente, y os anuncio su apertura para el próximo año escolar. Me atrevo á esperar que mi pueblo, altamente interesado en tener buenos ministros, me ayudará en la empresa de formarlos conforme al espíritu de la Iglesia y á las necesidades de la sociedad.

Y vosotros, alumnos fundadores de este Seminario Mayor, no olvidéis los deberes que os ligan con la diócesi de que sois domiciliarios. Ella os ha visto como sus hijos predilectos; por vosotros y para vosotros engrandeció moral y materialmente el antiguo Seminario; para vuestra comodidad y más perfecta educación creó y sostiene este nuevo plantel. Aun cuando todos pagarais la módica pensión asignada, no bastaría ni con mucho para compensar los sacrificios de todo género que se han hecho en vuestro favor. Por ahora vuestra aplicación al estudio y vuestra sujeción á la disciplina; más tarde vuestros útiles servicios en el ministerio sacerdotal, han de ser la recompensa de nuestros afanes, y todo esto nos debéis de justicia.

Quiera San Carlos Borromeo, que os he dado por patrono celeste, protegeros é inspiraros santas resoluciones. Él, que durante su vida mortal fundó y gobernó sabiamente tantos Seminarios; él, que desde los cielos donde ocupa elevado trono, protege y ampara todos los colegios eclesiásticos de la tierra, se dignará, no lo dudo, mirar con ojo benigno este plantel que lleva su nombre y le ha sido solemnemente consagrado, y no sólo no permitirá que perezca, sino que lo conservará y engrandecerá, como rendidamente se lo rogamos.